

## AL LECTOR.

Lo que pensaron los antiguos de la *Luna y Endimion* extendi yo en estos versos, porque es fácil añadir á lo inventado. Fingieron que la Luna, preciada tantos siglos tan de casta, tan de fria, ardió en los amores de un pastor, tan recatada y empachosa, que sin dejar simple nombre á las historias de su gozado fin, solo se lee obscuramente: en la mas cerrada noche la enamorada *Luna, de Endimion*, con cristalina copa liba el clavel del purpureante labio. Va repartido en tres cantos lo que pudo fundar este sugeto. En el primero, *Vénus*, baldonada de la Luna, incita á Amor que la enamore y rinda sus presunciones. Abrásase por *Endimion* la helada diosa en el segundo. Y en el tercero le adormece para el recatado fin de sus amores, trayendo sueño de los famosos campos de Bayas y de Cumas.

Así dejo la oscuridad para los agudos *Aristóteles*, que aun esto que te he advertido te sabrían decir los versos, sin que como *Camoés* me reprehendieras. Puede ser ocasion fácil á ficción mas misteriosa el ingenioso fundamento; y puede ser alguna vez difícil añadir á lo pensado, si se busca otra cosa mas del agradable sonido de las palabras; como sea así, que la atención de los lectores deba mirar despues las voces que el concepto, y que las palabras significativas primero el significado. Enseñábame un docto de *Aristóteles* en su poética, respetada con amor ó con temor de los que bien ó mal sienten, que el menos mal poema constaba de tres cosas: alma, potencias, accidentes ó colores, atribuyendo al alma la invencion en la ordenada historia, á las potencias los manuales conceptos, y á los colores las convenientes voces y palabras, y que tenia el mejor lugar en la fabrica poética el animado cuento, los pensamientos agudos el segundo, y las hermosas voces el tercero. Yo, de la manera que supe, usé destos preceptos en este brevisimo poema, que llamara égloga si siguiera mi juicio. Sé con todo eso que no erré en el asunto, porque le confieso deuda del muy erudito señor don Francisco Bravo de Acuña, en quien mayor edad admira tanto la restauracion á luz de humanistas, de filósofos, de padres, con las extrañas agudezas, con las inimitables novedades, humanadas tal vez al mas elevado estilo de las musas. Así me defendiendo contra tu grave juicio con la opinion de aprobados censores.

Por lo que toca á las palabras, á cuyo ruido atienden primeramente muchos en este cultivado siglo, te digo con brevedad que de tal manera buscamos el resplandor hermoso y el agradable sonido, que se diga alguna cosa que llames sin indignidad sustancia; y te advierto que si á palabras mejores y mas decentes acomodares estos pensamientos mismos, respetaré yo en tí elocuencia magistral, y me dejarás para otra ocasion mas enseñado. Verás algunas voces de ajena lengua, no fáciles ni muy sabidas, porque nadie abomine extraña fuente, aunque la vea turbia. Para lo cual me tentaron tres eficaces razones: que se ha de dar algo á la opinion contraria, seguida ya de muchos hombres; que se pueden poner con tal templanza colocadas, que no muden ni perviertan á los que las ignoran el sentido; que alguna vez alivia al concebir deseoso el extranjero decir, y el concepto que no cabe en un lenguaje, exprimen fácilmente dos idiomas.

Si te parece largo el prólogo, no le midas con la pequeña obra, que presto verás otras, si inspira aliento el favor con que sueles animar los balbucientes. — *Vale*.

## ENDIMION.

## CANTO PRIMERO.

La cipria diosa en la mitad del dia  
Al tronco de un aliso recostada,  
De su perdido amante suspendia  
El llanto y la pasion enamorada.  
Velaba el niño dios; *Vénus* dormia  
De celosos temores descuidada;  
Que no durmiera *Vénus*, si en los cielos  
Hubiera diosa que le diera celos.

Entonces la quietud de los amores  
El gusto de su causa contemplaba,  
Y en los descansos del amor mayores,  
Amor las inquietudes recelaba;  
Tenia el mas querido en los favores  
Disfrazar y desdenes; así estaba  
Todo el humano sentimiento, estando  
*Vénus* durmiendo y el amor velando.

Velaba el dios rapaz con arco y flecha,  
Este de oro, aquella de diamante;  
Era en el manso fuego aura deshecha,  
Y en el viento era llama rutilante;  
Cuando la cárcel del sentido estrecha  
Dejaba en calma la deidad amante,  
Y aparente custodia era *Cupido*  
Del fantástico alcazar del sentido.

Amor, ¿qué prestan flechas diamantinas,  
Ni los arcos de oro acrisolados,  
Si fuga de tus plumas cristalinas  
Arrebatan espiritus alados?  
No temen mortal golpe almas divinas,  
Ni tu fuerza enamora enamorados,  
Porque al cautivo que una vez inflammas,  
Libres armas le das contra tus llamas.

Sale de sí la enamorada diosa,  
Y como mira atento el dios vendado,  
En las mejillas animada rosa  
Y clavel en los labios animado,  
Piensa que el alma con prision dichosa  
Es divina atencion de su cuidado,  
Que de excelente amor indigna fuera  
De humano cuerpo la atencion grosera.

Instantes son á tus veloces viras  
Las distancias, amor, é inmensidades;  
Mayor fuego en mayor ausencia espiras,  
Mayor llama en mayores soledades;  
Rudas composiciones, mentiras  
Simples del pecho, y candidas verdades  
Tu causa amada son y aborrecida,  
¡Oh espíritu incompuesto de la vida!

La indómita potencia de la muerte  
No es como tú valiente y atrevida,  
Que tú con poderosa mano fuerte  
Tiras á lo mejor de nuestra vida;  
El destino legal forzosa suerte  
Cumple en cosa á la ley fatal rendida;  
Tú, domador de exentos señorios,  
Sujetas absolutos albedrios.

Cumple el punto mortal la Parca helada  
Y los escasos términos fatales,  
Y en la precisa meta señalada  
El crecimiento para de los males;  
No bien así las almas inmortales  
Reciben la pasion enamorada,  
Ni hay término de bien ó mal posible  
Señalado en alma indivisible.

Mas fuerte es el amor, que union forzosa  
Es de extremos, que aun fueron disonantes,

Que la muerte, carencia maliciosa,  
Y negra desunion de almas constantes;  
Las vencidas ventajas dan gloriosa  
Corona vencedora á los triunfantes;  
Por eso rinden con distinta palma  
La muerte al cuerpo y el amor al alma.

Cuidaba el niño ciego, que asistia  
En amoroso sueño sosegada  
El alma, y con celeste compañia  
En cuerpo de jazmin deidad rosada;  
Mas la divina mente padecia  
En la inmortal esfera arrebatada,  
Alta imaginacion, hondo cuidado  
De aborrecible mal adivinado.

Empezaron señales exteriores  
De sobresalto y movimiento inquieto,  
Y de molestas causas interiores  
Daban al aire dolorido efeto;  
Túrbase el claro rey de los amores,  
Porque al órden fatal teme sujeto  
Cuanto *Vénus* y Amor abrasa, y cuanto  
Impera *Jove*, y quema *Radamanto*.

Que grave mal y sentimiento aqueja  
En el sobresaltado sueño escaso,  
Su bella causa hermosa, que se queja,  
Cual si imaginacion hiciera al caso;  
Resuélve aljofar la inmortal guedeja,  
Movimientos procuran vista y paso,  
Mas la vista embarazan los cabellos,  
Y el paso ocupan los colurnos bellos.

Diga tu infante, bella reina hermosa,  
Dándole voz el hijo de *Cilene*,  
Porque la suspensión rompa amorosa  
Y el amador espíritu despene;  
¿Qué deidad de belleza cuidadosa  
Anima tu descuido y entretiene,  
Cuando en el verde pabellon dormida  
Dabas al campo y á las flores vida?

¿Eras clavel divino por la tarde,  
Cuyo patente espíritu en el viento  
Purpureo con empíreas llamas arde?  
Eras en el febeo crecimiento  
Con sacra ostentacion, con bello alarde  
La rosa de mas alto nacimiento?  
¿O eras esparcida al sol oriente  
Del lirio liberal la flor patente?

¿Eras con el rocío del aurora  
El fresco abril de la celeste esfera  
Que cuanto en hielo tímido atesora  
Ostenta en alentada primavera?  
Eras del sol el resplandor que dora  
La desatada siesta lisonjera  
Cuando el amor revela ocultas puertas  
De adoradas beldades encubiertas?

Eras la fruta reina, cuyos granos  
Son con dorada union rubis ardientes,  
Si los amores reyes soberanos  
Son de inmortales almas obedientes?  
¿Franquearon tu beldad inquietas manos?  
¿Hizo tus gracias el dolor patentes  
De aquel acerbo sueño fatigada  
¡Oh reina del calor! franca granada?

Hay dama, clara diosa, que ha contado,  
Dice fué parleria de *Cupido*,  
El indecente modo descuidado  
En que te puso el sueño aborrecido;  
No es mucho que un rapaz lo haya hablado,  
Es mucho que una ninfa lo haya oido,  
Porque dentro de aquel peñasco hueco  
La impura parleria escuchó el eco.



Y tú, Filis extraña, que la roca  
Habitaba sola y el escollo duro,  
Porque en la soledad tu hermosa boca  
Beba sin adulterio el aire puro;  
Tú, de Febo cristal, donde no toca  
Nocturna voz ni pensamiento impuro,  
Y en pretension de incógnitas verdades  
Habitaba singular las soledades:

Mira cómo los cielos tu extrañeza  
Castigan justos y tus presunciones,  
Pues contra el resplandor de tu pureza  
Escuchas de un lascivo dios razones;  
Mal engañada ¡oh ninfa! en la aspereza  
Solitaria el honor guardado pones,  
Que en lo habitable digna compañía  
Aquel indigno lance vedaría.

Que haber á solas á Cupido hablado  
En lugar retirado y escondido,  
Es disculpa ignorante que has pensado,  
Que tú, Filis, tu voz misma has oído;  
Fuera de que es el dios acreditado  
De intrépido, lascivo y atrevido,  
Y logrará mejor su impuro y ciego  
Fuego el que causa en otros torpe fuego.

Dijo, que al tiempo que la bella diosa  
En la apacible sombra reposaba,  
Estaba en su creciente calurosa  
El sol que estivos aires abrasaba;  
Que era sagrario á su deidad hermosa,  
Trasparente cendal, con quien jugaba  
Céfiro, que revela á enamorados  
Voluntarios despojos descuidados.

Que la dura pasión que padecía  
Movía el bello cuerpo atormentado,  
Y el envidioso sueño descubría  
De lácteas flores mármol congelado;  
Pasaba del coturno la porfía  
Del aire burlador y del cuidado,  
Y lo demás que relató Cupido  
No tiene voz ni cabe en el sentido.

Dijera yo que del ardiente pecho  
Vénus con ambas manos levantaba  
El liviano cendal que sobre el pecho  
Pesadumbres olímpicas cargaba;  
Que siendo el corazón lugar estrecho  
Al fuego que sus alas abrasaba,  
Huyendo el nuevo mal y nuevas malas,  
Batió los brazos como ardientes alas.

Que los purpúreos labios el aliento  
Movía apresurado y vehemente,  
Cual si naciera el fiero sentimiento  
Sin días del alma y la pasión doliente;  
Que detenido con rigor violento  
El impetu de quejas elocuente,  
Rudos suspiros daba mal formados,  
Que del dolor son hijos abortados.

Turbado con las tímidas señales  
De su dormida causa el rey Cupido,  
Teme que los espíritus vitales,  
En sollozo resueltos y en gemido,  
Huyen con sombras tristes y mortales,  
Desamparando el eiprico sentido,  
Y que en aquella soñolenta calma  
Algun siniestro dios le roba el alma.

«Madre, le dice, de la blanca mano  
Asiendo con temor, madre, repite,  
¿Cuyo es el hado triste, soberano,  
Que con tu gusto y mi poder compite?  
A ti que al gusto celestial y humano  
Haces de ambrosía y néctar real convite,  
¿Alimentan ahora sinsabores,  
Sobresaltos brindándome y temores?»

«Juro tu gusto á mi valor, y juro  
Hacerte del supremo dios vengada,  
Por el sagrado humor del lago obscuro  
Y su negra corriente arrebatada;  
Tú burlarás la luz de Jove puro  
En rudas formas torpes transformada,  
Si Júpiter excelso allá en sus cumbres  
No abate sus manubias á tus lumbres.

«Dime ¡qué dios ¡oh reina! te ha ofendido,  
Si no acusas á Jove soberano,  
Si tan libre presumo y atrevido,  
Que esta flecha no teme en esta mano?  
¿Di si te indigna Marte encruelcico,  
O si el inmenso rey del Océano  
Te amedrenta, ó te abraza en fuego interno  
El rey tirano del confuso infierno?»

«Que sabrá el frío Dios del reino helado  
Que le puede abrasar libre mi fuego,  
Y el árbitro de Averno consagrado  
Que hasta su corazón de plomo llevo;  
La ira amansaré de Marte airado,  
Al sol entre sus lumbres haré ciego,  
Y la deidad de todos te prometo  
Que no ha de quedar dios el dios sujeto.»

«No es dios el que me pena, caro hijo,  
Ni me ofende á mi humano atrevimiento,  
Vénus resuelta en vivo llanto dijo,  
Que el humo del terrestre descontento  
No toca en el empero regocijo;  
Ni dios hay tan grosero que el contento  
Turbe del corazón de Vénus, antes  
Los dioses buscan mi favor amantes.

«Diosa se llama, hijo, la atrevida  
Luna, de quien oi fieros baldones;  
Si mi vida, Cupido, con tu vida,  
Y si mi muerte con tu muerte pones,  
Sienta la luna, hijo, aquella herida  
Que abate los altivos corazones,  
Y la oculta soberbia de su frente  
Castigue humilde liviandad patente.

«Era la suave tarde, hijo, cuando  
Con su rosada claridad mi estrella  
Las veces del ausente sol tomando,  
Era sola en el cielo ardiente y bella;  
La luna entonces, su carroza armando,  
Mis cándidas palomas atropella;  
No sé, querido Amor, si fueron estos,  
En los que prorumpió, viles denuestos:

«Bien en lugar de Febo alumbriaba  
La madre obscura del infante ciego;  
Bien con mi casto hielo quedaría,  
Impura Cipria, tu venéreo fuego;  
Huyan medrosas una y otra pia  
Lascivas de tu carro, que yo llevo,  
Y soy febea luz contra tu noche,  
Con blancos cisnes y nevado coche.

«Vénus, tan mentirosas altiveces  
En bajo abismo cubran tus verdades,  
Que olvidada de ti misma padeces  
Naufragios de gloriosas tempestades;  
Cuanto por tu fingida luz mereces,  
Fundado en tus violentas vanidades,  
Es montaña de mar, que esfera suma,  
Cuando nace acomete y muere espuma.

«Al resplandor que afectas alentado,  
¡Oh reina! de tus luces, mucho daña  
El traje militar de Marte airado  
Que vistés varonil por la campaña;  
No dice bien el polvo del ganado  
Que en el troyano campo Simois baña,  
Ni el que te ennegreció color profano  
En la oficina obscura de Vulcano.

«Si has presumido, loca, por ventura,  
Numerando de Febo inclitos nombres,  
Lo universal contar de tu hermosura,  
Que es común á los dioses y á los hombres;  
Razon forma tu error poco segura,  
Porque á lo universal faltan renombres,  
En que yo tus desprecios aseguro;  
Es limpio el sol también, cándido y puro.

«Si tuviste las veces venturosa  
En Chipre de alentada primavera,  
Porque del alba en la primera rosa  
Inspiró tu deidad heidad primera;  
De esfera ingenio traes poco anchurosa,  
Y aspiras ignorante á grande esfera,  
Que el sol está obligado á curso eterno,  
El otoño, el estío y el invierno.

«Mala sazón es, Vénus, el estío;  
Quémante delicada los calores;  
No te está bien á ti el invierno frío,  
Que te lastiman mucho sus rigores;  
Templados tiempos el venéreo brio,  
Y primavera piden tus amores,  
¡Oh justa, igual y siempre santa diosa,  
Y en extremados vicios virtuosa!»

«Sigue de Pafos, sigue de Citera  
El aire adulador, el muelle viento,  
La canción de tus aves lisonjera  
Escucha blanda con oído atento;  
Llena está de temor la noche fiera,  
Y morirás si atiendes al acento  
De tristes aves, que en la sorda calma  
Con medrosa pasión hielan el alma.

«Yo, que en vez de la cama regalada  
En soledades busco el duro suelo,  
De calor el estío fatigada  
Y en el invierno de pesado hielo;  
A duros infortunios enseñada,  
De extremo á extremo pasaré en el cielo,  
Que triunfa del calor el hielo mio,  
Ni temo helada yo el rigor del frío.

«Empresa, Vénus, desmedida tomas,  
Círculos giras vanamente extensos;  
Di, ¿cómo en sola noche tus palomas,  
Cómo atropellarán nublados densos?  
Si cuando en oriental lucero asomas  
Con la vista de piélagos inmensos  
Occidental pereces asombrada,  
Di, ¿tú qué harás en india jornada?»

«Tú con veces del sol? Tú la divina  
Sustituta del sol cuando intercala  
Ausencias desta esfera cristalina?  
¿Di si podrás correr de noche sola  
Sin Aglaya, Talla y Eufrosina,  
O si has de navegar la inmensa bola  
De aquestas niñas tres acompañada,  
Sin cuyas gracias eres humo y nada?»

«Vuelve á tu breve reino, deidad breve,  
Tú que afectas de sol eternidades,  
Que en Chipre verás claro cuanto debe  
Tu duración á sus amenidades;  
Su verdura de un sol la vida bebe,  
Y de otro sol padece sequedades  
La venerada flor que da corona  
¡Oh eterna Vénus! á tu real persona.

«Vénus, que aspiras á celestes lumbres  
Y tu fin con deseos eternizas,  
Sube veloz tus ericinas cumbres  
Y de su rey contempla las cenizas;  
Segura yo que tu esplendor encumbres,  
Si las revuelves y su aviso atizas,  
Y que sol has de ser, que el sol oriente  
Conoce cuando nace su occidente.

«O si Chipre y el monte siciliano  
Indigna ocupación es á tu empleo,  
Llévete al aire líquido y liviano  
Tu alado parto el volador deseo;  
Ya sobre trono de cimiento vano  
Dar luz al orbe y presidir te veo  
Cuando constelación eres volante,  
Y en vez de firme sol estrella errante.

«Mia es la presidencia soberana  
De las tinieblas, y el poder nocturno  
En el celeste giro es de Diana,  
Como del sol el resplandor diurno;  
Febe soy, del dorado Febo hermana,  
Y con partido y alternado turno,  
Suya es la luz del meridiano coche,  
Y míos los imperios de la noche.»

«Así por inoportunas maravillas,  
Quemándome la helada en fuego raro,  
Dijo, y turbó las simplesavecillas,  
Que son á mi candor símbolo claro,  
Ellas sin hiel, sinceras y sencillas,  
Huyeron mudas con temor avaro  
Cuando hicieron los cisnes de la luna  
En mis lágrimas música importuna.

«Entonces, hijo, si de la venganza  
En tus valientes flechas no pusiera  
Y en su filial amor firme esperanza,  
Eterno el sueño temporal volviera;  
Hijo, si mi dolor contigo alcanza  
Otro dolor, si justamente espera  
Contigo el hado mio comun suerte,  
Y si tu muerte pende de mi muerte;

«Busca, hijo mio, en tu temida aljaba  
Entre todas la flecha mas torcida,  
Y en el libre y soberbio pecho cava  
Lugar á una pasión aborrecida;  
Amor allí con tu diamante clava,  
Mas en la causa de su amor querida  
Has de fundir con plomo penetrante  
Olvido eterno de su eterna amante.

«Hielala en vivo fuego, y su aspereza  
Abraza ingrato con ardiente hielo,  
Y el soberbio blason de su limpieza  
Desde su altiva cumbre mida el suelo;  
Que no es digno lugar al altiveza  
Desta desvanecida el alto cielo,  
Si el cielo es con razón del abatido,  
Y es el suelo del loco presumido.

«Agora en Latmio por las altas rocas  
Que las ondas del mar Jónico bañan  
Mi enemiga mortal vírgines pocas  
Con presumidos coros acompañan;  
¡Oh si en sus cumbres las cantoras bocas  
De las que altivas lo habitable infaman  
Llorasen á Diana despeñada,  
De honrada esquiva en vil enamorada!»

«Instable diosa, ¿tanto persevera  
Tu candor aparente en un estado?  
¿Tan firme pisa tu volitaria esfera?  
Yo te vi repetir, Pluton amado  
En torpe sombra, Proserpina fiera;  
Yo en el robo te vi disimulado,  
Aunque hacías de niebla obscuro manto  
Con placentera faz enjuto el llanto.

«Indomeñable reina del tormento,  
Tú que fatigas mil y mil afanes  
Con riguroso cetro violento  
Impones dura á los rendidos manes;  
Baja á cobrar, cruel, víctimas ciento  
Que ofrece un miserable, porque allanes  
Su entrada á los Eliseos, y el cuidado  
Deja de sol á sol no interesado.

«¿Eras tú limpio sol ¡oh impura! cuando  
Tomabas digna la erizada forma  
Y obscuro ser del animal nefando  
En que el bajo deseo te transforma?  
Hijo, si aborreciendo y si olvidando  
Tales las vidas son, que tu ira informa  
En el cerdoso cuerpo infundas, pido,  
En lugar de alma y sal, salaz olvido.

«Y la rasgada boca ladradora,  
De fiero can furioso alborotado,  
Dice con Febo, cuando el orbe dora  
Benévolo, benigno y sosegado?  
Mal de sol semejanzas atesora  
La escaseza del mal intencionado,  
Que liberal el sol lo alumbra todo,  
Sea alcázar soberbio ó humil lodo.

«Si piensas que de Pirois presuroso  
Imite tu corrida las carreras,  
Vano intento fabrican ambicioso,  
Simplicísima Luna, tus quimeras;  
Que es oro y fuego Pirois luminoso  
En clin y piés, y pisan tus esleras  
Tu desacierto vario y vago yerro  
Clines de lana vil y piés de hierro.

«Tú de Febo renombres peregrinos  
Afectas, y me das comunes nombres,  
Diosa trivial, expuesta en los caminos  
A los dioses vulgares y á los hombres?  
¿Mis altos atributos y divinos  
Pospones, ignorante, á tus renombres,  
Que á Jove di generacion primera,  
Y eres tú de mortales vil partera?»



»Hijo, porque el dolor inestimable,  
Oyendo tú mis quejas se mitiga,  
Escucha agora la ocasion notable  
De un cuento que aborrece mi enemiga;  
Que no hay quien niegue su locura instable  
Oyéndole contar, ni hay quien diga  
Que no dé yo baldones á Diana  
De poco recatada y de liviana.

»Júpiter, cuyo es el homenaje  
Supremo de la esfera trasparente,  
Miró en las selvas el desnudo traje  
A tan preciada virgen indecente;  
Corrido el sumo dios manda que baje  
Mercurio al mundo y hábito decente  
Haga para una virgen, que en los cielos  
Reina presume ser de castos hielos.

»El hijo de Cilene los talaras  
Movió ligero con su fuerza alada,  
Y á Diana en solivagos lugares  
Halló con rudas fieras ocupada;  
Llegó Mercurio, y ante sus altares  
Propone arrodillado la embajada;  
Dicen que oyó con despejada frente  
Al dios, que la miraba atentamente.

»Por cierto, dijo, pensamientos nobles  
Y cosas altamente peregrinas  
Quitán á Jove de sus altos nobles  
Sacras ocupaciones y divinas;  
Teme que aquí mirada destos robles  
O que adamada soy destas encinas,  
¡Yo que escuché con ásperos rigores  
De los empires dioses los amores!

»Sabe Tonante que las brasas hiela,  
Replica, tu aspereza desdeñosa  
Y que las llamas líquidas congela  
Tu cadena de hielos poderosa;  
Ni Jove sumo tu hermosura ceta,  
Ni Jove ignora con pasión celosa  
Que infiel se llama la desconfianza  
Y que es madre de fe la confianza.

»Mas ordena que destos hosques sea  
Tu deidad justamente reverencia,  
Y de celestes y terrestres deas  
Ajuste el traje justa diferencia;  
Desnudas estas por las sombras feas  
Admitan cuidadosa competencia,  
Y tú, vestida por los verdes prados,  
Persigas, cazadora, sus cuidados.

»Yes la mayor razon de mi embajada,  
Que así lo ordena el dios omnipotente,  
A quien la empirea gente consagrada  
Rendido honor ofrece y obediente;  
Así naturaleza va ordenada  
Y baja de los cielos la corriente;  
Que cumplas tú de Jove los mandados  
Y Jove los decretos de los hados.

»Calló la Luna, y concedió callando  
Cuanto el cielo mandaba, y el deseo  
De la nuncia deidad iba quemando  
En frio amor helado, torpe y feo;  
Llega Mercurio, y el candor tocando  
Intacto con el sabio caduceo,  
Malicioso midió prolijamente  
A su talle vestido competente.

»Parte el dios, y una clámide divina  
Trae de argentado velo trasparente,  
Y con la turquesada jacerina  
Coturno ardiendo en oro reluciente;  
Cúbrese la nevada clavellina  
El hábito virgineo, y luego siente  
Mercurio que con rostro zahareño  
Murmura que le viene muy pequeño.

»Segunda vez Mercurio á su medida  
Digno hábito fabrica, y sin embargo  
Se quejaba otra vez Cintia vestida  
Que el adorno prolijo es ancho y largo,  
Mercurio á la ocasion favorecida  
Mas atendia que al celeste cargo,  
Porque con ocasion de la embajada  
Habló mil veces con la diosa helada.

»Sospeché al fin Mercurio si admitía  
Sus amantes caricias y desvelo;  
Que esta sospecha entonces la tenía,  
Atento al raro caso todo el cielo;  
Si al facundo calor la nieve fria,  
Si á la elocuente llama el duro hielo  
Sujetaba los ásperos rigores,  
Resuelta amante en líquidos amores.

»Señora, dijo, del sereno polo,  
Que con luces mas claras y mas bellas  
Oficio ejerces del ausente Apolo,  
Con hombres no, con lúcidas estrellas;  
Que dan tus lumbreras luz al orbe solo  
Con los reflejos que resultan dellas,  
Siendo de tu beldad el remanente  
Sobrada ocupacion al sol ardiente.

»Yo haré que groseras posesiones  
No compongan de hoy mas feliz estado;  
Que en el altivo cielo otros blasones  
Ha de poner mi amor desesperado;  
Pura diosa, si limpias intenciones  
Alguna vez de premios has dignado,  
Sea mi premio amante, sea quererte,  
Que amándote no aspiro á merecerte.

»Mercurio soy, del dios mas excelente  
Primogénita luz, hijo heredero,  
Que de los rayos el imperio ardiente  
Bibra Tonante con ruidó fiero;  
Con el son de mis voces elocuente  
Turbo en los dioses el cóncave entero,  
Y el presidente sumo está sujeto  
Al decreto que yo solo decreto.

»A mi lengua inmortal pagan tributos  
Los abismos, el orbe, el firmamento;  
Sabio eloquio mi habla da á los brutos,  
Y mi voz á las piedras movimiento;  
Mas yo que de tan altos atributos  
Ser el sugeto celebrado siento,  
Mas soy, divina diosa, si tú quieres,  
Que solo sea lo que tú quisieres.

»Estas voces que dió, la diosa helada  
Pienso yo que fingió que no entendía,  
Que al retórico dios disimulada  
Habló y serena con respuesta fria,  
Dile al supremo rey que su embajada  
Respecta humilde la obediencia mia,  
Que Mercurio el científico ha ignorado  
Cumplir de Jove el celestial mandado.

»Que el adorno primero rutilante,  
Que á mi talle pensabas competente,  
Le trazabas impróvido en menguante,  
Y necio le traías en creciente;  
Luna soy, que preciada de inconstante,  
Aspecto mudo, vario y diferente;  
Mira tú allá si Júpiter alcanza  
Adornar de firmeza mi mudanza.

»Dijo, y el sabio númen: Si de instable  
Tan claramente; oh Luna! te glorias,  
Ni seas causa de Mercurio amable,  
Ni aspiren, Luna, á ti finezas mias;  
Objeto firme y ocasion durable  
Mis ansias buscarán, que por dos vías  
Dicha tienen, ó eternas desdeñadas,  
O con eterna posesion amadas.

»Arrebató á Mercurio de su acento  
El desdeñoso fin, y arrebatado  
Con los talaras fervidos, el viento  
Partió sutil y dividido delgado;  
Pienso que dió á la Luna descontento  
La ausencia del galán enamorado;  
Quisiera ella que el dios sin esperanza  
Y con firmeza amara su mudanza.

»Sucedan, tierno rey de mi albedrío,  
Mis quejas á la alegre cantilena,  
Si otra vez mi dolor y el llanto mío  
Paciente escuchas y mi acerba pena;  
Diana agora el congelado brio  
Desata ardiendo por la cumbre amena  
Del empinado Latmio, cuya frente  
Envidia firme Faeton ardiente.

»Desta esquivia cruel; oh hijo amado!  
Ruégote que tu acero el paso acorte,  
Antes que vital aire el brazo airado  
De una cierva, que sigue, anhela corte;  
Que vi su corazón enamorado  
Volar en busca de su fiel consorte,  
Cuando desta infiel Cloto acometida  
Huyendo bebe el aire de su vida.

»Antes que su veloz curso consiga  
La fiera con su fuerza pasadora,  
Deseo yo que tú de mi enemiga  
Partas la vil espalda voladora;  
Pague su amor y logre su fatiga  
Doble deslealtad y fe traidora;  
Quiera de hoy mas; adore ya olvidada  
La que olvidó querida y adorada.

»Que á la diosa que teje sus tranzados  
Con dorados suspiros amorosos  
Abrasarán desdeños mal mirados,  
Consumirán olvidos perezosos;  
Así la muerte en justicieros hados  
Blandos puntos alterna y rigurosos;  
Que la razon adore sinrazones,  
Y la inviolable fe ame traiciones.

»Dijo, y sin responder el dios, miraba,  
Como si arrebatado pensamiento  
Entonces le ocupase de su aljaba  
El número de flechas violento;  
Una acaso que oculta ya olvidaba  
Halló, y dice tomándola contento:  
«No pensé yo tener digno enemigo  
De tal desdicha y tan mortal castigo.»

»Aspera, tosca, gruesa, retorcida,  
De algun roble arrancada ó duro fresco,  
Digna ocasion de perezosa herida,  
Causa de olvido digna y odio eterno;  
Era el extremo y punta aborrecida  
Plomo del negro lago del infierno,  
Y las pesadas alas, rudas, frias  
Plumas eran de pálidas arpias.

»En esta con la vira mas trana  
De cuantas el valiente dios traía,  
Con gruesas letras escribió: Diana  
Desvanecida, loca, necia y fria;  
Revelve mas la aljaba soberana,  
Y otra flecha que en oro puro ardia  
Ostenta, que de Júpiter divino  
Determinó á sus rayos el destino.

»Con este pincel, dice, el nombre dorado  
En el amante de su causa amada,  
Parecía la vira línea de oro,  
Tan derecha corria y tan delgada;  
Esta dulce dolor y tierno lloro  
En las almas infunde. Rematada  
Iba una extremidad, y otra volante  
Con verde pluma y punta de diamante.

»Aquí formó unas letras que imposible  
Fué percibir las al mortal sentido,  
Que amoroso carácter es legible  
Del alma sola y corazón herido;  
Mas hizose la cifra inteligible,  
Y declaró el efecto producido  
Que *Endimion* escribió puro y sencillo,  
Entonces el mas bello pastorcillo.

»Vén, el rapaz con voz encruelizada,  
Oh madre! dijo, y sin tardanza alguna  
La ruina verás y la caída  
Desta misera, intrépida, importuna;  
Hoy en viles abismos abatida  
Verás clavar la frente de la Luna,  
A los montes pidiendo y los collados  
Cubran sus pensamientos derribados.

»Tú, madre, para verme y para vella  
Has de asistir con disfrazado velo,  
Cubierta con las luces de tu estrella  
Que ya brillante sale por el cielo;  
Aquí verás quemar la nieve, y della  
Rojá lumbre salir; aquí del hielo  
Llamas de empedernidos corazones,  
Siendo mis flechas duros eslabones.

»Hecho el concierto, las pintadas pias  
Unidas de Cupido prestamente,  
Pasan del Jonio mar las ondas frias,  
Tocan del Latmio la empinada frente;  
«Animo, dijo Amor, oh flechas mias!  
Que ya la causa de mi enojo ardiente  
En cazadora guerra embebecida,  
Miro volando tras la cierva herida.»

»Deja el carro ya Vénus, y tirando  
Las voladoras alas bebe el viento  
Que la bella Diana pisa cuando  
Anhela á imaginado seguimiento;  
Así las justas iras van volando  
Tras de la ira injusta, así el violento  
Hado las diligencias arrebatada  
Y á quien sigue á matar persigue y mata.

»Así en pos de la causa pretendida  
El apetito ciego se abalanza,  
Así la posesion es perseguida  
Del ardiente deseo y la esperanza;  
Oh puntos faltos de la escasa vida,  
Que en la mitad de su fatiga alcanza  
Con triste palma y con fatal trofeo  
La muerte á la esperanza y al deseo!

»Levanta el brazo Cintia, y la dorada  
Flecha que traspasó el nevado pecho  
Arrojó de su ira arrebatada  
El ferviente venablo á su despecho;  
«Traidora mano, dice enamorada,  
Causa cualquiera tú del traidor hecho,  
¿Por qué no acometió tu fuerza avara  
Con herida tan dulce cara á cara?»

»Cayó en el campo la deidad rendida,  
Y los altos espíritus ó calma  
Dulce destino daban á la vida,  
Grata muerte causaban en el alma;  
Ni supo mas de abrir la abierta herida,  
Ni mas de á voces confesar la palma  
Que de los libres brios mas exentos  
Llevan de Amor los arcos violentos.

»Nunca fué, Amor, tu proceder liviano  
Si en un punto rindieses los amantes,  
Que de tu vira y arco soberano  
Son pesadas tardanzas los instantes;  
Tiro instantáneo de plomada mano  
Aves resuelve líquidas volantes,  
En un soplo la luz de otra se inflama,  
Y en un punto la llama de otra llama.

»Que Amor, si fué del alma acto perfecto,  
Sin méritos ejerce libre oficio;  
Ni examina las causas del sugeto,  
Amor, que es puramente beneficio;  
Espere igual el merecido efecto,  
Contemple justo el galardón propicio,  
Merecimiento vil, que amor no es paga,  
Si bien con otro amor amor se paga.

»Era de ver la Luna enamorada,  
Resuelta toda en llanto y en gemido,  
Cual si fuera mil tiempos enseñada  
En la amorosa escuela de Cupido;  
Amara los desdeños desdeñada,  
Adorara olvidada el fiero olvido,  
Dejara de querer si lo quisiera  
De su querer la causa verdadera.

»Nevado ser, composicion de hielos,  
Oh Luna! en tu sereno cielo tienes,  
Y año de nieve y hielo año de bienes,  
Los campos esperaron de los cielos;  
Ya derretida en blando lloro vienes,  
En suspiros deshecha y en desvelos,  
Que así tu duro ser ha convertido  
En lluvia liberal el sol Cupido.

»La causa por quien dulce padecía  
La enamorada diosa preguntaba,  
¿Qué ciega inquisicion la diosa hacia!  
¿Qué amante en la pregunta necia andaba!  
Ciertó fué que otra causa no amaría  
Que la que el pecho entonces le abrasaba,  
O deidad superior la desease,  
O fuese hombre mortal el que ella amase.